UN PROYECTO PROUSTIANO PARA EUROPA: EXPLORANDO UN FUTURO POSIBLE

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 119(a)/2019

Research Papers

ASP
Analistas
Socio-Políticos

UN PROYECTO PROUSTIANO PARA EUROPA: EXPLORANDO UN FUTURO POSIBLE

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 119(a)/2019

Índice

1. Los tiempos turbulentos no requieren duelos, sino debates públicos razonables
2. Identidades complejas y nacionalismos, y supranacionalismos, ambiguos
3. Ampliando la perspectiva en el tiempo y en el espacio, e ironías del secularismo
4. Esbozando un proyecto proustiano para Europa

Referencias bibliográficas

Este trabajo ha sido elaborado en el marco de la serie de "Estudios sobre Europa" patrocinados por Funcas.

Víctor Pérez-Díaz es Presidente de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional / International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences) (†) (Founding Member)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris) (†) (Founding Member)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology) (Founding Member)
Michele Salvati (Università degli Studi di Milano)

© Víctor Pérez-Díaz
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
O en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

1. Los tiempos turbulentos no requieren duelos, sino debates públicos razonables

En tiempos de grandes turbulencias, la necesidad de pensar con claridad se topa con la dificultad de hacerlo. Son tiempos en los que parece imposible un debate sereno y juicioso, ante un horizonte rebosante de problemas complejos y acuciantes, y de riesgos.

Hace treinta años, desde la perspectiva de Occidente en general y Europa en particular, tras la implosión de la Unión Soviética y el cambio de rumbo de China, ese horizonte parecía despejado. Se hablaba del "fin de la historia"; y con él, del triunfo de la cultura de la Ilustración, la democracia y el estado de derecho, y una globalización asociada al crecimiento, la innovación técnica, la difusión de la información. Todo parecía apuntar en la dirección correcta; todo a manejar siempre con cuidado, pero todo, dentro de un orden.

Pero esa ya no es la sensación dominante. Hoy, en Europa (en su conjunto, y en muchos países europeos) la impresión es la de una casa en (bastante) desorden. Su capitalismo parece de una calidad dudosa y sometido a oscilaciones desconcertantes. Muchos de sus críticos apuntan a un exceso de desigualdad, precariedad del trabajo, estancamiento de rentas de las clases populares y de segmentos importantes de las clases medias, y un alto riesgo de deterioro del medio ambiente. Señalan también que su democracia se resiente de una desafección profunda de la ciudadanía respecto a su clase política. Las diferentes naciones europeas no aciertan, bien a integrarse en una agencia política unitaria, bien a hacerlo, al menos, en una coordinada de manera suficiente como para tener una política económica coherente a largo plazo, una estrategia geopolítica articulada y un espacio público compartido, siendo las tensiones entre países nórdicos, centrales, orientales y mediterráneos un testimonio de todo ello. Por no hablar de la salida del Reino Unido; o de la escasa capacidad integradora del extraño triángulo de Bruselas, París y Berlín, mitad centro de poder y mitad vacío de poder; o de las apelaciones a que Europa se resigne, de una vez por todas, a organizarse como poco más que una mera confederación.

Con el agravante de que quienes se enfrentan a todo ello forman una sociedad de gentes que parecen haber desarrollado un carácter inestable, irritable y dividido, polarizado, lo cual favorece la exageración de sus diferencias generacionales, sociales e ideológicas, y erosiona las bases de una moralidad compartida y de un depósito de confianza mutua.

En otras palabras, Europa, en su conjunto, parece instalada en un estado de crisis combinada de la economía y la política, la sociedad y la cultura; y esta crisis de la sociedad y la cultura significa una crisis en su espacio público por la cual el debate razonado es sustituido por una suerte de algarabía, barullo o confusión.

Aunque en toda sociedad compleja una dosis de algarabía es inevitable y, si no es muy grande, parece que se puede vivir con ella, conviene recordar que los barullos pueden ser de intensidad y de calidad muy diferentes: pueden ser creativos, mediocres, catastróficos. Presentan sus riesgos, a veces muy graves, incluido el de que Europa no se acabe de hacer porque antes se rompa. Por lo pronto, hemos tenido setenta años, desde el final de la segunda gran guerra, para hacerla y no la hemos hecho lo suficiente; por falta de poder, o de querer, o por quererlo a medias.

La tarea de hacer Europa sigue siendo difícil, pero dos factores juegan a su favor. El primero es que *eppur si muove*: Europa sigue andando, y su capacidad de aguante y flexibilidad para avanzar, al menos en el sentido de seguir viviendo con los problemas del momento sin desfallecer, apenas decae. Y el segundo, que hoy estamos en mejores condiciones para interpretar adecuadamente la

situación, al menos porque estamos más atentos y somos más conscientes de las dificultades de la tarea de lo que lo éramos hace unos años.

En este breve ensayo exploro algunos factores propicios para tener éxito en esa tarea de construir Europa, en especial los vinculados a su espacio público: para reforzar su identidad, mediante una cultura de la conversación cívica, la cual incluye un ejercicio recurrente de anamnesis (Voegelin, 1991) o de recuerdo de las experiencias del pasado combinado con la percepción de las experiencias del momento. Es decir, la tarea de construir Europa mediante un ejercicio no tanto de la voluntad, para vencer resistencias, cuanto de la inteligencia y los afectos o los sentimientos morales, para reconocer lo que está ahí y entenderlo; lo cual implica superar la tendencia (y la tentación) de imaginar que creamos lo que percibimos, y la de responder a lo diferente con una hostilidad teñida de indiferencia.[1]

En este sentido, llamo la atención sobre la conveniencia de controlar el uso y evitar el abuso de marcos interpretativos binarios como el de "europeístas versus nacionalistas", y trato de discernir cómo se pueden articular las complejas experiencias identitarias de un *demos* europeo y de los distintos *demoi* nacionales.

Por ello, propongo que entendamos la situación histórica como un drama abierto con un abanico de posibles desenlaces (Hawthorn, 1991), y sugiero que incluyamos en ese abanico el futuro posible de lo que llamo un "proyecto proustiano", tomando el testimonio de Proust como un exponente de saberes mitopoéticos que nos proporcionan un tesoro de intuiciones profundas y pertinentes sobre la sociedad. Entre estas intuiciones destaco dos. Una, la intuición de que la realidad nos viene constituida por una combinación de "sensaciones y recuerdos" (Proust, 1954 [1927]: 889); de manera que la tarea de hacer Europa podemos entenderla como el proyecto de continuar caminando por una senda de diálogos y experiencias, una dialéctica de encuentros y desencuentros, pasados y presentes, que, a su vez, pueden proporcionar las bases intelectuales, morales y emocionales de las motivaciones y estrategias de la ciudadanía a favor de la construcción europea.

Y otra intuición, que confluye con la anterior: la de que el impulso moral a favor de esa tarea radica en el rechazo de una cierta "indiferencia" ("la indiferencia a los sufrimientos que provocamos es la forma terrible y permanente de la crueldad": Proust, 1954 [1917]: 165). La indiferencia que implica la negación *ab initio* de lo-diferente: la falta de curiosidad, de concernimiento, de empatía por los otros; el no escuchar, el no mirar, el recriminar, el desdeñar, el predicar sin tasa; por no hablar del robar, del matar... Es decir, la negación *ab initio* de cualquier relación amistosa, incluida la amistad que cimienta una comunidad política, y sin una dosis suficiente de la cual, simplemente, no hay comunidad. De lo que se deduce que alguna variante de lo que llamo un proyecto proustiano puede jugar un papel clave como gran estrategia indirecta a largo plazo en la solución de los problemas vinculados a la construcción, y mantenimiento, de una sociedad política desconcertada y tensa como la Europa actual.

2. Identidades complejas y nacionalismos, y supranacionalismos, ambiguos

Muchos políticos y observadores de la política actual (elites, medios de comunicación, incluso el público en general) suelen conceder hoy una importancia central a la contraposición entre dos grandes bloques, a los que, *grosso modo*, aplican los nombres de "europeístas o globalistas" y "nacionalistas o populistas". Este contraste se suele poner en relación con un relato histórico en el que quedan de manifiesto los grandes dilemas de estar a favor o en contra de una sociedad liberal

[1]Este trabajo continúa la exploración iniciada en Pérez-Díaz (2019).

(en su sentido más amplio) o una sociedad abierta o una sociedad fiel al legado de la Ilustración. Planteada en términos políticos e institucionales más concretos, la contraposición suele hacerse entre quienes apuestan, aquí y ahora, por una integración cada vez mayor entre los países de la Unión Europea, y por una homogeneización creciente entre ellos, y quienes enfatizan las diferencias identitarias de cada país al tiempo que reivindican su autogobierno y, por tanto, su pleno control de sus asuntos locales y las políticas correspondientes.

El problema de este marco interpretativo binario es que se aplica a un proceso dramático en curso en el cual nos solemos encontrar con que las experiencias y las estrategias de políticos y ciudadanos de toda condición al respecto son complejas, y en cierta medida contradictorias. Son contradictorias hasta el punto de que los sentimientos de identidad pueden ser vividos por los ciudadanos, casi simultáneamente, como opuestos y como complementarios, y de que la interpretación que hacen del proceso y su apoyo a unas políticas públicas u otras contienen una dosis sustancial de complejidad y de ambigüedad, la cual, antes o después, se revela como irreductible al simplismo de aquel esquema binario.

Por lo pronto, cabe recordar que los datos de encuesta de los Eurobarómetros acerca de los sentimientos de identidad de los europeos dejan constancia de la importancia del fenómeno de la doble identidad. Son muchos quienes se declaran muy o bastante unidos *al tiempo* a Europa y a su propio país. Según las cifras del Eurobarómetro 90.3 de 2018, por ejemplo, los porcentajes suelen oscilar entre el 50 y el 80% en cada país – aunque con diferencias por países: 58,6% en Francia y 76,8% en Alemania; 63,5% en España y 53,6% en Italia; 76% en Suecia y en Polonia; y porcentajes menores en Reino Unido, Grecia y Chequia, por ejemplo. En otras palabras, una amplia mayoría, en torno a dos tercios, del público europeo se siente pertenecer a la vez a Europa y a su propio país.[2]

Ahora bien, esta doble identidad no suele ser vivida de manera dramática. Aunque todavía son numerosos los actores y observadores políticos que consideran esas identidades como incompatibles, muchos ciudadanos viven esa dualidad como una suerte de convivencia pacífica, de triángulo afectivo, por así decirlo, con "naturalidad": como si perteneciera al orden natural de las cosas.[3]

Esta naturalidad de un europeísmo compatible con los sentimientos nacionales está conectada con el hecho de que las gentes se han ido acostumbrando a vivir en los dos espacios a la vez. Por un lado, durante ya dos tercios de siglo, un espacio europeo de debate público y un entramado de tratos económicos y sociales y de actuaciones legislativas y judiciales de alcance europeo. Por otro, mirando más atrás, perciben una historia hecha de autoafirmaciones de cada nación, pero siempre en un contexto de rivalidades e influencias mutuas, intensas y profundas, entre las naciones. Tanto más cuanto que esas rivalidades han solido tener el carácter de rivalidades miméticas, de modo que el país a emular era más un país a imitar que uno respecto al cual se trataba de marcar las diferencias, por lo que las naciones se han ido pareciendo cada vez más, en muchos rasgos, unas a otras.

---

[2]Sea dicho sin olvidar que, en todo caso, e independientemente de su identificación, o no, con Europa, el porcentaje de los europeos que se identifican (mucho o bastante) con su propio país se sitúa en un nivel más alto, en torno al 90%.

[3]Naturalidad, por lo demás, no tan distinta de la que se expresa en los apoyos políticos de gran parte del electorado a llamadas familias de las izquierdas y las derechas; y que está ligada a una tradición de espacios u hogares ideológicos que viene de bastante tiempo atrás.

No es de extrañar por ello que, si nos fijamos, no tanto en las respuestas relativamente simples de las encuestas, cuanto en testimonios más complejos del proceso de formación de los imaginarios, los argumentarios y los sentimientos colectivos de la sociedad europea, nos encontremos con que el propio término de "nacionalismo", por ejemplo, tanto en su uso común como en el uso que de él han solido hacer las elites, ha tenido una historia al tiempo muy larga[4] y bastante ambigua, que varía de un país a otro.[5]

Conviene, pues, atender al significado que las gentes den a las palabras "nación", "patria", "país" en cada momento y lugar. Porque lo que la experiencia nos dice es que las mismas palabras pueden tener significados distintos, mientras que distintas palabras pueden tener el mismo referente, dependiendo del contexto. Por tanto, la tarea que nos incumbe es comprender el significado y el contexto histórico específico de esas palabras, y su evolución.

Por poner un ejemplo, y simplificando mucho las cosas a efectos de clarificar el argumento, los franceses de hoy pueden, y suelen, pensar de sí mismos que son globalistas en tanto que partidarios de una sociedad abierta. Pero probablemente muchos lo son sin abdicar un momento de un culto de la nación muy pronunciado, que incorpora muy variados simbolismos, ligados a profundas, intensas y duraderas experiencias. Por lo pronto, combinan el simbolismo de la "tierra santa" y la Francia de Juana de Arco (como nos recuerda Kantorowicz, 2004 [1949]) con el de la Francia de la Ilustración y de la patria revolucionaria; por no hablar de los simbolismos del "Rey Sol" y del bonapartismo, con su estado y su ejército secundando, y encarnando, su voluntad de *grandeur*, de ser centros del mundo y focos de su historia. Simbolismos susceptibles de activarse en cualquier momento; como se ha puesto de manifiesto, por ejemplo (aunque de la manera confusa que es normal entre quienes acaban por recordar su propia historia a medias), con la explosión de sentimientos expresados en torno al drama reciente (abril de 2019) del incendio de la catedral de Nôtre Dame de París. Simbolismos que se refuerzan mutuamente en torno a un culto de la Francia vista como un faro de la libertad y de la humanidad, e incluso de un algo más o un mucho más, un algo heroico (y, quizá, salvífico): un alguien dispuesto a protagonizar Europa, por el bien de Europa pero sin descuidar su propio (y argumentado) enaltecimiento. Y alguien que, por todo ello, se propone como referencia y ejemplo de un nacionalismo (o patriotismo) híbrido entre cultural e institucional y natural, entre temporal y eterno.

Pero es obvio que Francia no ha estado ni está sola en ese empeño. Son muchas las naciones europeas que se han percibido, en un momento u otro, y usando lenguajes con acentos y matices propios, como portadoras de proyectos extraordinarios, como naciones providenciales, especialmente asistidas por alguna divinidad; y todas lo han hecho con razones que a muchas gentes razonables del momento les han parecido profundas y plausibles.[6] Así ha sido con las naciones europeas que se han visto a sí mismas, ya en plenos tiempos modernos, como grandes potencias y

[4]Que autores como Greenfeld (2006) y, de otra forma, Gellner (1983) tienden a circunscribir a la Edad Moderna.

[5]Y así, por ejemplo, y reflejando, en parte los acontecimientos del día y en parte experiencias aún por descifrar, la mayor parte de los españoles de hoy prefieren hablar de "patriotismo" que hacerlo de "nacionalismo", mientras que en el caso de los catalanes independentistas sucede lo contrario (Encuesta ASP 19.061 con trabajo de campo de marzo de 2019).

[6]No a sus críticos, lógicamente: como puede verse en los estereotipos aplicados a España por sus naciones rivales a lo largo del tiempo (Varela Ortega, 2019).

cabezas de alguna forma de imperio: España, pero también Inglaterra, Alemania, Austria, Suecia, Polonia, Holanda... Expansivas todas, por mar y por tierra y con la ayuda del cielo.

Incluso cabe pensar que la afirmación del supranacionalismo de una Europa integrada prolonga, más que contradice, esos impulsos, y viene a ser como una segunda derivada de la autoafirmación o la voluntad de poder, o de "ser", de buena parte de los países que la componen. Esta autoafirmación de Europa está ligada a, y se expresa en, la nostalgia de una gran estrategia geopolítica y la ambición de ocupar una de las tres, cuatro o cinco posiciones clave en el orden multipolar del futuro.

3. Ampliando la perspectiva en el tiempo y en el espacio, e ironías del secularismo

Estaríamos, pues, ante lo que, disfrazado en un lenguaje secularista, modernista o postmodernista, sería un proyecto religioso trascendental *sui generis*: el de un nuevo "espíritu absoluto", más en clave hinduista, henoteísta, del Bhagavad Gita, que en clave hegeliana, y, desde luego, más que en clave del monoteísmo propio del judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Es decir, en la clave de una constelación de dioses, todos supremos, pero que, en cierto modo, han aprendido (aunque quizá "aprender" no sea la palabra justa) a convivir o a conllevarse unos con otros, y ofrecer así a los humanos un abanico de posibilidades de culto, doctrinas y experiencias de vida. Dioses para crear, dioses para mantener, dioses para destruir. Nuevos dioses... como por ejemplo, la China, con su extraña confluencia cultural de neomaoísmo-neoconfucionismo, y con la confusión retórica por la que el socialismo es mercado y es familia y es nación..., quizá a la espera de una rectificación de los nombres, por llegar un día, y como aconsejaba Confucio. O, por ejemplo, los Estados Unidos y la Europa, que parecen a veces reclamar un culto (al menos de dulía...) como encarnaciones de la Ilustración y de la Humanidad.

Se suele proponer a la sociedad esta experiencia de la modernidad en un lenguaje cotidiano, más pie a tierra, en términos de repartos de poder y riqueza y estatus, y de un mirar a un futuro con más poder, riqueza y estatus de todos casi por igual (y el "casi" es importante). O bien se les ofrece la promesa y la propuesta, más modestas, de triunfar mediante su adaptación a los cambios, gracias a los nuevos medios de información, las redes, los cambios tecnológicos, la educación. Siempre a la última, siempre mirando al futuro, es decir, al vacío: un vacío rebosante, supuestamente, de promesas. Y si la retórica del triunfo no resuena con la experiencia de las gentes corrientes, siempre queda el recurso a la retórica más humilde de conseguir un mundo llevadero o (lo que no es poco) habitable.

La sociedad occidental lleva ya un largo tiempo ensayando estos juegos retóricos con cierto éxito. La de hoy viene a ser una variante de la retórica de los grandes imperios europeos del siglo XIX. Retórica barroca: con su punto de *sapere aude* y de progreso, y su contrapunto de delirio de grandezas y, al final, de caída en una pesadilla, la de las guerras mundiales y los totalitarismos del siglo XX. Pero también con su entre dos aguas de su representación parlamentaria y su partitocracia, sus burocracias racionales-instrumentales en amable convivencia con las elites de rigor, su capitalismo *cum* estado de bienestar y unos sindicatos moderándose (y yendo "todos juntos" a la guerra de turno), su independencia judicial y su amplia tolerancia cultural (y creatividad cultural, y desconciertos correspondientes) junto con sus ensayos de un colonialismo entre civilizador y depredador. Las variaciones de la Inglaterra victoriana, la Francia de la III República, el II Reich alemán o el Imperio Austro-Húngaro tardío. Y podríamos seguir jugando este juego de espejos entre nacionalismo y europeísmo proyectándolo retrospectivamente sobre el conjunto de una historia moderna que muestra cómo, cuando las naciones, y los nacionalistas, desarrollan sus aspiraciones a la preeminencia y al liderazgo, es fácil que se conviertan en europeístas, globalistas o imperialistas *sui generis.*

Por lo demás, no se trata de una historia meramente moderna o confinada a Europa. Esas experiencias utilizan, y cobran sentido en, relatos de larga duración, referidos a imaginarios e instituciones de la antigüedad clásica (Alejandro, Roma) y de la Edad Media (el Sacro Imperio), y anclados en *lieux de mémoire* que configuran el espacio geográfico europeo desde hace siglos. Relatos que han acompañado a las grandes estrategias de quienes trataban de operar a una escala mundial construyendo redes complejas de relaciones y áreas de influencia.

Estos relatos y discursos de justificación no deben tratarse como un mero compendio de mito y confusión. Pertenecen a un género de saberes mitopoéticos de plausibilidad variable, cuya confusión puede irse esclareciendo, o al menos cabe intentar hacerlo. Obviamente, el intento requiere un cultivo de la memoria, un tiempo de aprender y esperar y experimentar; y un tiempo de comprender, de discrepar, de juzgar, de pedir perdón, de perdonar. Con sus dificultades; que, en todo caso, no son sustancialmente mayores que las que afrontan las elites del espacio político *actual* para articular su propio relato, mirando a sus pasados dramáticos y a sus urgencias presentes. Por ejemplo, las dificultades de una Alemania que quiere y no quiere ser líder del conjunto, y no sabe si debe o no debe quererlo, o de qué forma llegar a serlo; o una Francia que combina su pretensión de liderazgo europeo con el cuidado de su influencia en África o su asiento en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas o su rango de potencia nuclear; sin que ninguna de estas dos naciones protagonistas sepa muy bien cómo combinarse con la otra.

De todas formas, estamos hablando, insisto, de un fenómeno que no es simplemente europeo. Una ambigüedad análoga se observa fuera de Europa – en diversos registros. Por ejemplo, en la tradición rusa, tanto en su variante, digamos, eslavófila, como en la occidentalista o europeísta: las dos referencias claves del discurso de Dostoyevski en el homenaje a Pushkin, hace casi siglo y medio (y haciéndose eco de una historia muy anterior). Un discurso que comprende, pero cuestiona la división entre eslavófilos y occidentalistas como un gran equívoco. Equívoco a superar: no para negar a Rusia (y subsumirla en Europa) sino, justamente, para realizarla íntegramente (Dostoyevski 1964 [1880]: 1.444 y ss.).[7]

Y, a su modo (y con otro nivel de calidad literaria) algo en cierto modo análogo ocurre con el nacionalismo actual del *America first* del presidente Trump, que expresa una tentativa de consolidar una posición preeminente en el concierto mundial, a entender como una variante de una posición tradicional en la política de los Estados Unidos: pretensión de hegemonía en el conjunto de las Américas casi desde el primer momento, y ambiciones globalistas durante gran parte de los dos últimos siglos – y siendo de tener en cuenta que, desde una posición contrapuesta, más *liberal*, se puede procurar algo análogo utilizando los términos más políticamente correctos de "prolongar el siglo americano" (Nye, 2015). Y sabiendo que todo ello lleva incorporado un eco de la invocación a la *city upon the hill* de los padres fundadores de Nueva Inglaterra, hace ya cuatro siglos, con su combinación de excelentes intenciones y de sentimientos mezclados de humildad y orgullo, de fidelidad y de autoafirmación, típicos de los pueblos elegidos.

Miremos a oriente o a occidente, nos encontramos con variantes de la visión de nación indispensable, una nación elegida como garante del orden mundial – no tan distintas de la visión de la China milenaria como centro y garante de la armonía universal. Con una aura sacra, y en torno a un proyecto de protagonismo *urbi et orbi.* Naciones o naciones-continentes divinas. Portadoras de

[7] Un equívoco por el que quizá era necesario pasar, pero que, sobre todo, era necesario superar; más aún, estaría en trance de haber sido superado incluso con el concurso de las reformas petrinas, y a pesar de las derivas nihilistas de una época posterior.

proyectos escatológicos, próximas de los dioses supremos, entes divinos o cuasi-divinos, aunque quizá "dioses vulnerables" (Pérez-Díaz, 2013).

En otras palabras, si las líneas divisorias entre naciones e imperios, o entidades políticas a gran escala, han sido y son borrosas y porosas, o más bien, entrelazadas y entrecruzadas, tal cosa suele suceder al tiempo que todos comparten la pretensión de tener una dimensión trascendente. De manera que constituye una ironía de la historia el hecho de que, por debajo de los lenguajes ostensiblemente secularistas de todos ellos, y a pesar de que algunos autores (Greenfeld, 2006) entienden que el secularismo es consustancial con, y definitorio de, el nacionalismo, persisten las asociaciones entre los nacionalismos y una suerte de religión o criptorreligión que apela a alguna forma de inmortalidad. Por ejemplo, mediante la pertenencia a una patria que se remonta a tiempos indefinidos (¿infinitos?) hacia el pasado y el futuro. Patria que encarna un bien supremo que, como tal, exige (pequeño detalle...) la disposición a morir por ella: unos en la trinchera como combatientes, otros en la retaguardia bajo las bombas. Patria arraigada en una tierra cuya propiedad se reivindica como algo que "nos" pertenece generación tras generación, desde siempre y para siempre. Patria quizá como lugar de encuentro del círculo de "dioses y hombres, tierra y cielo".

Conviene, pues, reconocer, y comprender, cómo, aunque revestidos del aura secularista, y pretendiendo ser faros de la razón o la libertad o la justicia, los países occidentales, como tales o subsumidos en Europa, siempre avanzando y mirando al futuro, tan apresurados y obsesos con sus afanes inmediatos, se encuentran con que, sabiéndolo o no tanto, queriéndolo o no tanto, heredan y prolongan y repiten impulsos de dominación muy antiguos (orientales, romanos, egipcios, mesopotámicos...) y muy modernos, mezclados con un impulso religioso tan intenso como difuso, que suele incluir el (encomiable) propósito de poner alguna forma de orden en el mundo.

Sin embargo, lo cierto es que el orden existe entreverado con el desorden. Y justamente uno de los paradójicos atractivos de la situación actual reside en que se va haciendo cada vez más patente que la realización de ese proyecto de orden en el mundo requiere relacionar dos desórdenes, el del mundo en general con el de ("la casa en desorden") de cada nación. Lo que hace que la situación sea tan interesante como difícil de entender y de manejar, y requiera un trabajo cultural ampliamente compartido, y todavía pendiente.

4. Esbozando un proyecto proustiano para Europa

Avanzaremos en el esclarecimiento de la situación confusa en la que nos encontramos los europeos (como europeos, e incluso como miembros de una nación u otra) si, tratando de entender mejor lo que de verdad queremos y podemos, miramos con más cuidado *lo que ya somos* como resultado de lo que nos hemos hecho ser a lo largo de un camino muy largo y muy dramático, que *no* comenzó con el fin de la segunda gran guerra ni con la revolución francesa, o la americana. Para ello conviene acertar en la manera y el contenido de recordar, comenzando cada uno, cada país, consigo mismo; y, al hacerlo así, darnos cuenta de que, aunque siempre ha vivido *con los otros*, a veces en la paz y a veces en la guerra, cada nación, y/o supranación en su caso, solo puede afirmar su identidad si asume su responsabilidad. Responsabilidad por los muchos actos que, a lo largo del tiempo, tanto han contribuido a hacerla lo que es (y a hacer a las otras naciones lo que son).

Se trata de comenzar por centrar la atención en cada caso, sin perdernos con generalizaciones prematuras.[8] Necesitamos comprender, es decir, identificarnos con, distanciarnos de, volver a mirar

[8]Quizá basadas en marcos interpretativos simples elegidos para reducir los costes cognitivos de la búsqueda y, de paso, ahorrarnos la angustia de debatirnos a ciegas con asuntos demasiado complejos; como, por ejemplo,

desde otro ángulo, escucharnos con atención a lo que la experiencia de "ser nosotros" significa para esos conjuntos de agentes que solemos llamar naciones, y que no deberíamos ver de manera voluntarista, como el resultado de un plebiscito cotidiano, a la manera de Renan, es decir, de un acto de decisión soberana (¿a repetir a cada instante? ¿reduciendo al rango de "no-soberano" al pueblo o la nación del instante anterior?). Tampoco deberían ser vistas las naciones como meras encarnaciones de proyectos de futuro, y siempre dispuestas a ponerse al día, cada día, sin descanso: mirando un futuro que por definición no puede verse, y que sólo puede adivinarse. Y tampoco como naciones no ya "vistas" sino sólo "entrevistas", porque imaginadas como reflejos de un deseo de llegar a ser como los otros, como sucede cuando se aspira a un ser como Europa, que nos de la solución al enigma de quienes somos.

Nos es preciso un ejercicio de anamnesis al tiempo más sencillo, y más complejo. Un recordar sencillo que nos ayude a comprender las últimas etapas, y cómo seguir siendo y no autodestruirnos. Y alguna variante de un recordar complejo, una suerte de proyecto proustiano de recuperar el tiempo perdido, tratando de reconstruir un espacio de comprensión y amistad que quizá siempre habíamos estado buscando, en torno a tratos e intereses recurrentes, paisajes, memorias y sensaciones combinadas (Arnheim, 1992: 36), momentos de fiesta, pero también de duelo, encuentros y desencuentros, y todo ello conformando la experiencia de una realidad compartida, en forma de presente continuo, que permanece.

En este sentido, hacer Europa no requiere un proyecto voluntarista ("¡más Europa!") y/o nominalista ("*es* Europa lo que *decidimos llamar* Europa"), tal como lo suelen imaginar muchos políticos (mediante un texto constitucional muy elaborado, comisiones políticas innumerables, una gran campaña de información y propaganda, y la consiguiente apelación a manifestarse en las urnas o en las calles). Hacer Europa ((y algo análogo se podría aplicar a las naciones que la componen) requiere, sobre todo, un proyecto ligado a un relato entendido a la manera proustiana: como una ocasión para la experiencia de recobrar e incorporar el tiempo anterior, y dar cuerpo a un presente que continúa en un horizonte próximo. A partir de un momento de su vida, Proust se centra en la tarea de recordar, cruzar de nuevo el río Leteo, del olvido, y retornar al presente y volver al pasado y retornar de nuevo, para vivir, esta vez con mayor profundidad y una combinación más razonable y sensible de esperanza y desesperanza, su experiencia y la experiencia de los otros – los otros significativos – a los que dirige una mirada de amistad, comprensiva y compasiva, y que, por lo mismo, como diría Proust, excluye la crueldad de la indiferencia. Dando un paso más cabe sugerir que, con todo ello, Proust conseguirá evocar, es decir, hará como que capta y resucita paisajes, personas y sentimientos, sabores y sonidos en forma de belleza, de bien o de verdad vividas... los trascendentales. Y es aquí, por cierto, donde la ironía del secularismo se nos vuelve a aparecer, una vez más, porque la ironía del secularismo es que no sabe estar solo, y evoca una dimensión trascendente en el mismo intento de evitar su presencia.

Tomando el modelo proustiano como referencia, anudar estas amistades cruzadas compartiendo recuerdos y sensaciones presentes, y asistir a, y ser parte en, este hacerse de Europa como entramado de naciones y de los agentes arraigados más o menos en ellas, implica un diálogo interior en cada país y un diálogo con otros países (y otras partes del mundo), a la postre tentativos y complejos. Es lógico esperar en tal situación dosis importantes de bipolaridad y de borrosidad en los juicios de todos – y que, por ejemplo, la mayoría de los ciudadanos asocien las palabras "nación" o

---

el de atender a los otros veintitantos países de la comunidad europea, y compararlos ya con los otros ciento sesenta países restantes, por no hablar de las miles y miles de etnias del mundo, con su lengua, su cultura y su personalidad propias. Comparaciones que, por supuesto, pueden ser útiles y complementar, e iluminar, las tareas de interpretación en su momento.

“patria” con sentimientos que, siendo a veces fáciles y espontáneos y otras, difíciles de interpretar, sean tan importantes que no las puedan, ni crean que deben, evitar. Incluso es posible que nos encontremos ante una de esas situaciones difíciles de resolver a la que se refería Ernest Gellner en el que fuera su último libro (con la evocativa expresión de “el dilema de los Habsburgo” (Gellner, 1998: 190): la de experimentar la realidad histórica teniendo en cuenta a la vez los dos polos de una contraposición que se nos antoja fundamental – y con dos dudas: que no tenga solución, y que quizá, con el tiempo, no sea tan fundamental como parece.

Llevar adelante este proyecto proustiano en la Europa de hoy es comprometerse con *una gran estrategia indirecta a largo plazo*, que sirva de referencia a los innumerables tacticismos de unos y otros, como la pieza capital de la multitud de partidas simultáneas que el momento requiere. Sirve para entender al menos quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí, y qué queremos, y quiénes y cómo son los que encontramos en el camino; y hacerlo en una situación cada vez más compleja, que parece cambiar a un ritmo y en una dirección al parecer incontrolables: todo esto requiere construir un espacio de conversación más abierto al aire (y a un aire mucho más borrascoso, y a veces mucho más cargado con vientos de violencia) que el refugio de Proust en el *boulevard* Haussmann. Un espacio en el que todo tipo de agentes sociales y políticos se comprometen en un sinnúmero de partidas simultáneas que incluyen debates muy diversos y prolongados en el tiempo.

Para ello se precisa un clima de civilidad, que propicie una convivencia marcada tanto por las palabras y los gestos como por los hechos. Hechos que son votos, acciones cívicas y rituales políticos diversos. Y también palabras que no son gritos, sino una suerte de conversación entre gentes con posiciones en parte encontradas, en parte confluyentes. Ello supone que compartan premisas y criterios suficientes como para, al menos, poder entender lo que sus contrincantes les dicen. Y para ello, tanto mejor si llegan a entender lo que les *quieren decir*, asumiendo que intentan decir, y decirse, alguna forma de verdad. (Es decir, aplicando el “principio de caridad”, como recomiendan algunos filósofos contemporáneos: Davidson [1984].)

A su vez, esta conversación y esas premisas comunes exigen que tales agentes no solo tengan tiempo disponible e información, sino también, y sobre todo, juicio y carácter, porque compartan algunas virtudes intelectuales y morales clásicas. Por lo pronto, fortaleza y templanza para no ofuscarse, y para afrontar el riesgo y la realidad, cruciales, de la violencia. Y asimismo hábitos y disposiciones que permitan aflorar razonamientos que impliquen cierto sentido de lo común y sentido común, es decir, justicia y prudencia, con el cuidado consiguiente a la hora de manejar problemas complejos atendiendo a las circunstancias, los detalles y los matices.

El cultivo de tales virtudes requiere, a su vez, a escala nacional y a escala europea, varios procesos previos, y paralelos. Aquí sólo puedo aludir a ellos someramente, con una referencia práctica a tres condiciones socioculturales de la conversación ciudadana: el espacio público, la sociedad civil y la educación.

A estos efectos, hay que insistir, primero, en la importancia de reconstruir la comunidad política como una comunidad de amistad, la cual se expresa en *una conversación continua en el espacio público*. Pero con la cautela de que en ella no debe tener cabida una clase política que considera a la sociedad, *de facto*, como una sociedad a la que dominar, bajo el disfraz de guiarla o liderarla; una sociedad a la que, precisamente por ello, y para ello, se la divide de continuo, extremando los desacuerdos políticos hasta convertir la expresión de éstos en la ocasión para un despliegue de desprecio, engaño y hostilidad entre unos segmentos sociales y otros. Si es así como los políticos entienden la democracia, tal vez deberían rectificar y usar otros nombres para ella (tal vez el de

“oligarquía”, por ejemplo). En todo caso, si así la entienden es obvio que su contribución a un proyecto proustiano sería negativa: la recuperación del tiempo pasado se convertiría en un catálogo de rencores.

En segundo lugar, conviene reforzar *la convivencia en círculos de sociabilidad* relativamente restringidos, como son, por ejemplo, la familia y la sociedad civil; las cuales, en las condiciones adecuadas, pueden ofrecer una oportunidad crucial, probablemente la más importante a largo plazo, para convertir la experiencia de la conversación en *costumbre*, y acumular así recursos de sensatez, decencia cívica y autoconfianza. Ahora bien, lo contrario es también posible: que se desarrolle una sociedad clientelista, o que las asociaciones pongan su voz al servicio de su identidad o interés particular entendidos sin apenas referencia a alguna forma de bien común.

Y finalmente quedaría el recurso a *una buena educación*. Pero teniendo en cuenta que la mera ampliación de la experiencia educativa del momento (más años de escolarización, más deberes en casa, más aprender a aprender...) no es suficiente. Porque la educación de los tiempos actuales no es demasiado propicia a la creación de este clima de civilidad, o lo es solo a medias, y suele transmitir una información descontextualizada, parcial e interpretada con apresuramiento. En cambio, de una educación que fomente calibrar y fundamentar los argumentos, el juicio graduado y matizado de las cosas (como diría William Cory, el maestro de Eton: Oakeshott, 1991: 491), clave para la prudencia política, y, como de paso, para la capacidad de escuchar, suele haber poco. Lo cual, para llamar las cosas por su nombre, como aconsejaba el maestro Confucio, refleja la calidad de la propia educación de las elites, que a su vez refleja el sesgo belicoso incorporado al funcionamiento de muchas de sus instituciones.

Todo ello apunta quizá a una tarea demasiado ardua. Pero, al menos, de todo ello hay buenos ejemplos, y buenos recuerdos. Que son testimonios de la posibilidad de realizar los proyectos proustianos, y los sueños.

Referencias bibliográficas

Arnheim, Rudolf. 1992. *To the Rescue of Art: Twenty-Six essays.* Berkeley: University of California Press.

Davidson, Donald. 1984. *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Clarendon Press.

Dostoyevski, Fiodor Mijailovich. 1961 [1879-1881]. *Obras Completas. Tomo III*. Trad. Rafael Cansinos Assens. Madrid: Aguilar.

Encuesta ASP 19.061 (marzo de2019).

Eurobarómetro 90.3 (noviembre de 2018).

Gellner, Ernest. 1983. *Nations and Nationalism*. Oxford: Basil Blackwell.

Gellner, Ernest. 1998. *Language and Solitude: Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma.* Cambridge: Cambridge University Press.

Greenfeld, Liah. 2006. *Nationalism and the Mind*. Oxford: Oneworld.

Hawthorn, Geoffrey. 1991. *Plausible Worlds: Possibility and understanding in history and the social sciences.* Cambridge: Cambridge University Press.

Kantorowicz, Ernst. 2004 [1949]. "Mourir pour la patrie", en *Mourir pour la patrie et autres textes*. Trad. Laurent Mayali. París: Fayard, pp. 126-167.

Nye Jr., Joseph. 2015. *Is the American Century over?* Oxford: Polity.

Oakeshott, Michael.1991. *Rationalism in politics and other essays*. Indianapolis: Liberty Press.

Pérez-Díaz, Victor. 2013. "Vulnerable gods and mutual learning between religion and secularism", *Sociologica,* 1: 1-16.

Pérez-Díaz, Víctor. 2019. "Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: Más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje". *Fundación de las Cajas de Ahorro Documento de Trabajo*, nº 801/2019. También como *ASP Research Papers*, 118a/2019.

Proust, Marcel. 1954 [1917]. *Du côté de chez Swann*, en *Â la recherche du temps perdu. Tomo I*. París: La Pléiade.

Proust, Marcel. 1954 [1927]. *Le temps retrouvé,* en *Â la recherche du temps perdu. Tomo III.* París: La Pléiade.

Varela Ortega, José. 2019. *España: Un relato de grandeza y odio*. Madrid: Espasa.

Voegelin, Eric. 1991. *Anamnesis*. Trad. Gerhardt Niemeyer. Columbia: University of Missouri Press.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

118(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje

117(a)/2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa entre el compromiso y la polarización: un debate en curso

116(a)/2018 **Joaquín P. López Novo**, El capitalismo financiarizado y la cultura del autoempoderamiento del individuo

115(b)/2018 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Moral culture and innovation in Europe

114(a)/2018 **Víctor Pérez-Díaz**, Formas políticas frágiles: la doble dualidad democrática y el buen sentido ciudadano

113(a)/2017 **Juan Carlos Rodríguez**, El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual

112(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The voice of the society and the crisis: potential and limits of reflexivity and civility

111(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, The future of work: new workers, new citizens

110(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The sleep of reason produces monsters: on the subject of civic demands and capacities today

109(a)/2015 **Joaquín Pedro López Novo**, El camino abandonado: una reflexión sobre el declive de la visión humanista de la empresa

108(a)/2014 **María García**, Fundamentos de una sociedad civil según Víctor Pérez-Díaz

107(a)/2013 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La crisis de las cajas de ahorros y su alejamiento del modelo tradicional

106(a)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, Maestros y discípulos

105(b)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, A ‘natural order of things’: the Euro crisis and the European demos

104(b)/2011 **Víctor Pérez-Díaz**, The avatars of advanced modernity: the risk that civil society in advanced modernity becomes an oligarchical city

103(a)/2011 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Cultura moral e innovación productiva en Europa

102(b)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, **Elisa Chuliá**, **Joaquín P. López Novo y Berta Álvarez-Miranda**, Catholicism, social values and the welfare system in Spain

101(a)/2010 **Joaquín P. López Novo**, Expansión del yo y transformación personal: el florecimiento de la cultura de la transformación personal en la sociedad actual

100(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, La cultura de la ciencia y la convergencia de España con los países avanzados

99(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La travesía del desierto

98(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Tiempos de desorden y espíritu cívico: el lado de la sociedad

97(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, El malestar de la democracia aquí y ahora: el lado de la clase política

96(a)/2009 **Juan Jesús Fernández** y **Juan Carlos Rodríguez**, Los orígenes del fracaso escolar en España: un estudio empírico

95(a)/2009 **Elisa J. Sánchez Pérez**, La participación electoral en España e Italia y su interpretación desde la perspectiva del capital social

94(a)/2009 **Berta Álvarez-Miranda**, La diversidad de los inmigrantes musulmanes en Europa

93(a)/2009 **Izabela Barlinska**, Fluctuaciones de la confianza en tiempos de globalización y de transiciones socio-políticas

92(a)/2009 **Joaquín P. López Novo**, Laicidad y laicismos en España: ¿qué España laica?

91(a)/2009 **Benjamín García Sanz,** Agricultura y vida rural

90(a)/2009 **Evelyne López-Campillo**, En torno al casticismo de Europa

89(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Modernidades confusas y círculos de solidaridad

87(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Jesús Fernández**, Las relaciones entre la confianza y el asociacionismo en la generación de capital social: observaciones sobre la experiencia latinoamericana

86(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Berta Álvarez-Miranda**, Observaciones acerca de un plan de actuación sobre la inmigración en la Comunidad de Madrid

85(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Spain's religion at the crossroads

85(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, La religión española en un cruce de caminos: comprendiendo la religión como una cuestión de contexto y de narrativa

84(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Joaquín P. López Novo**, El reto de las elites filantrópicas en España

83(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, The voices of civil societies

82(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, La religiosidad de los españoles y la Iglesia Católica: unos datos y una hipótesis

81(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Horizonte y dilemas de la filantropía

80(a)/2008 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La energía nuclear y la opinión pública en España

79(a)/2008 **Juan Carlos Rodríguez**, Discusión pública y reticencias sociales acerca de las infraestructuras energéticas

78(b)/2008 **Víctor Pérez-Díaz**, Society's responses to the current problems of energy and environment

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.
Comandante Fortea, 3 - 12º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 5414746 • e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.

Comandante Fortea, 3 - 12 º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 915414746 · e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com